



CAPÍTULO VI

Es suyo, no cabe duda. Es el telegrama anunciado. Entre sus dedos ateridos, hoy más torpes que de costumbre, madrina dobla y desdobra la delgada hoja de papel azul: «Todo dispuesto. Iré á buscar Minnie jueves, á Viena. Geoffroy advertido. Mil gracias. Mauricio.»

Hacia ocho días que madrina esperaba este trozo de papel; pero le quedaba una esperanza confusa de que, por alguna razón, no llegaría. Pasaron ocho días y llegó la carta fatal donde venía el golpe decisivo. La instalación en Constantinopla había terminado. La época era favorable. A pesar de las instancias de madrina, lo mejor sería no retardar la marcha de Minnie. Papá

aprovecharía su próximo viaje á Viena para recogerla allí. Avisaría la fecha por telegrama.

Desde que madrina recibió aquella carta, cada campanillazo la causaba un estremecimiento, y con él la congoja particular, el palpitar jadeante que sólo conocen los que temen la muerte lejana de algún ser querido. Es horrible pensar que allá lejos, al otro extremo del mundo, se toman, sin que ella pueda intervenir, decisiones definitivas que van á trastornar su vida y la de Minnie. Es seguro que si Mauricio estuviese al corriente de todo, esperaría un poco más. Minnie tuvo el otro día una leve indigestión. Por otra parte, el tiempo está muy frío. ¿Y si la niña se resfriara en el tren; ó sí, al llegar, á causa de la diferencia de temperatura, pillase una insolación? Cuando uno es joven no piensa en todos los inconvenientes de las cosas. Madrina hubiera debido insistir con más empeño... Pero ya es tarde. Aquí está la orden de partida. No queda más remedio que obedecer... ¡Pobre Minnie! ¡Pobre madrina!...

Pero he aquí á Minnie que entra atropelladamente. Pronto, pronto; un poco más de hilo y un pedacito de cinta para terminar el delantal de Bobby... Madrina le da el hilo, y para escoger la cinta, se agacha sobre la mesa de tra-

bajo, acaso mucho más tiempo del que necesita. Pero las miradas de Minnie son perspicaces y su intuición casi infalible.

Mientras enhebra su aguja, pregunta con tono algo indiscreto:

—Madrina tiene usted muy mal semblante. ¿Ha ocurrido alguna desgracia?

Madrina se yergue. Por fin encontró una hermosa cinta color cereza. Se la dá á Minnie y dice: «No ha ocurrido ninguna desgracia. Ni nada que deba sorprenderte. He recibido un telegrama de tu papá».

¡Un telegrama! Minnie se endereza, boquiabierta. Un telegrama... ¿Es para... es para marchar? Madrina hace una señal afirmativa. Con una explosión de alegría, Minnie exclama: «¡Qué suerte!» Y manda á paseo delantal, hilo y cinta. ¡Marcha! ¡va á marchar! ¡Qué suerte! ¿Cuándo? ¿A qué hora? ¿Hoy? ¿Cuándo? ¿Han avisado al amigo Gouf? ¿Estará á punto el carruaje? ¡No vayan á perder el tren! ¿Y la maleta de Minnie, está preparada? Las preguntas se suceden, se precipitan, se empujan. Minnie salta entre explosiones de alegría. Madrina siente el corazón un tanto oprimido. Todos los chiquillos gustan del cambio. Es natural que Minnie se alegre al ir á reunirse á sus padres; lo contrario fuera ingratitud. No obstan-

te, á madrina la apesadumbraba la exuberancia de tanta alegría. ¿Conque no le importa un comino á esa chiquilla, marcharse, dejar tras sí los mil cariños que la rodearan durante tantas semanas?

Cual si Minnie adivinase los pensamientos de madrina, su exaltación se calma. Calla por un momento, reflexiona, y luego murmura gravemente, un poco sentimental: «¿Madrina, se pone usted triste porque voy á marchar?»

Madrina se explica. Claro, no la arrebatara que Minnie vaya tan lejos; no obstante le satisface verla partir para una tierra tan hermosa, donde la esperan sus padres. Minnie declara haber comprendido. Perfectamente: una persona mayor ha de hablar como madrina acaba de hacerlo. Pero, en su fuero interno, Minnie se dice, que si se hallase en el lugar de madrina, no estaría contenta ¡ah! de ninguna manera. Y le parece que al fin y al cabo, tampoco madrina lo está del todo. Y Minnie se siente turbada. Se siente muy orgullosa al ver que una persona persona mayor, se emociona al separarse de ella. Y experimenta cierta confusión al encontrarse tan poco en armonía con ese estado de ánimo. Procura tomar un aire de compunción; pasa los brazos alrededor del cuello de madrina, la es-

trecha fuertemente, y dice: «¡Pobre madrina!»... Pero comprende que no sabrá mantener esta nota. Quiere mucho á madrina, le disgusta sin duda tener que entristecerla, pero se siente demasiado dichosa. Le sera imposible conservar todo el día el rostro afligido. Sería conveniente dar con algo que la consolase. ¡Minnie tiene una gran idea!

—¿Madrina, si viniese usted con nosotros?

Madrina sonríe, levanta sus ojos al cielo. Y lo toma dulcemente á chiste. ¡Pobre madrina, tan paralizada por su reumatismo! ¡Apenas puede subir al carruaje! Y ¿Minnie pretende hacerla pasar cuatro días en ferrocarril y luego pasearla tal vez sobre un camello? Minnie protesta riendo; defiende su proposición. Es muy perspicaz. No es necesario tomarlo tan en serio. Entonces entrevé otra solución: «¡Le escribiré muy á menudo, madrina!»

¡Ah! eso es distinto. Madrina se siente muy satisfecha de la promesa y se la agradece mucho á Minnie.

—Le escribiré cartas muy largas y se lo explicaré todo; será como si usted estuviese con nosotros.

Madrina aprueba con aire satisfecho. Bueno, cuenta con Minnie... ¡Hum! en el fondo ¿cuenta de veras con ella? Ella sabe los tirones de oreja que le

cuesta á Minnie escribir cuatro palabras á sus padres. Acaso madrina no preste demasiada fe á las extensas cartas que la niña promete. Y si pone talante de convencida, hácelo sencillamente para alegrar á Minnie. Además, tales cartas son el porvenir, algo hipotético y lejano. Así que madrina vuelve á entristecerse. Precisa, pues, en seguida, dar con algo que la consuele...

La mejor manera de consolar á uno, es hacerle un obsequio. Cuando Minnie tuvo que ir á casa del dentista, le dieron un perro mecánico. A este precio no sintió perder el diente. Hay que hallar un obsequio á propósito para madrina. ¿Pero qué obsequio? No es cosa tan fácil. Minnie tiene poco dinero. Cuando lo tiene no lo guarda demasiado tiempo en el bolsillo; en seguida lo reparte entre los pobres, las confiterías y los puestos callejeros de juguetes. Además, quién sabe si Minnie sabría comprar algo que fuese á propósito para una anciana... Mejor sería que diese á madrina algo de lo que le pertenece. Pero surge otra dificultad. Minnie no tiene grandes tesoros para ofrecer. Ha perdido uno de sus broches, el otro está roto; el reloj que casi andaba solo, también. Tiene la sortijita. Pero *precisamente* se la regaló madrina; no sería correcto devolvérsela. ¿No va á regalarle uno de sus juguetes!

Sin embargo hay que encontrar algo que sea un recuerdo, que le demuestre lo mucho que Minnie la quiere...

¡Ah! á Minnie se le ocurre una idea... no estaría mal... El único inconveniente es que resulta un poco duro. Su fisonomía cambia, por muchísimas veces, de expresión, bajo la huella de un combate interior. Pero Minnie no es de las que acostumbran á permanecer mucho tiempo indecisas. Ha tomado su partido: Se levanta y dice á madrina con cierta discreción: «Voy á buscar una cosa».

Poco después Minnie reaparece. Tiene en las manos el sapo gigante, detiéndose ante madrina y, ofreciéndoselo, dice: «Madrina, he pensado darle este sapo para que tenga un hermoso recuerdo de mí».

Madrina se siente profundamente emocionada. Conoce el museo de Minnie y sabe lo que significa para ella; sabe que el sapo es una de sus piezas más preciosas. Alcanzaría á comprender todo el valor del donativo de Minnie aunque no advirtiese el temblor que agita sus labios chiquitos y las lágrimas que le brillan en los ojos. Besa tiernamente á la niña y responde: «Gracias, Minnie, eres muy amable, me sabría mal privarte de tu lindo sapo».

Pero, con ademán resuelto, Minnie le indica que lo tome, y lo deposita sobre

las rodillas de madrina: Que madrina se quede con él. Minnie no puede explicar bien el por qué; al fin y al cabo es un poco difícil, y luego que no quiere llorar. Pero madrina ha de quedarse con el sapo.

Afortunadamente, madrina ha comprendido. El sacrificio de Minnie es el rescate de la alegría y de la satisfacción que le causa el marcharse. Aceptando, y convenciéndose de que, para alegrarla, Minnie se priva de un objeto que le es precioso, madrina sentirá aliviársele el corazón del peso que la oprimía, dará á comprender á Minnie que no le guarda el más leve resentimiento, que no la considera una ingrata, que sabe lo mucho que Minnie la quiere. En cambio, rehusando, se expone á desilusionar, á entristecer lo más delicado de su sensibilidad. Así es que, muy grave y muy sincera, madrina declara: «Bien, Minnie puesto que tu lo quieres, acepto el obsequio. Lo pondré encima de la consola en recuerdo tuyo, y todos los días lo miraré pensando en tí.»

Esto es hecho; el sacrificio quedó consumado. Minnie siente un gran alivio. El esfuerzo que ha debido hacer sobre sí misma y la forma en que madrina ha acogido su obsequio las ha puesto al mismo diapasón. Ya está libre de malas interpretaciones. Puesto que madrina

ha aceptado el sapo, Minnie puede entregarse de nuevo á la alegría sin remordimiento alguno. Con la conciencia tranquila, satisfecha de sí misma, vuelve al tema interrumpido de su viaje. ¿Viena está más lejos que Burdeos? ¿Vendrá hoy el amigo Gouf? ¿Madrina ha enterado ya de su partida á la señorita Noemi, á Melania y á Orasia? La exaltación de Minnie necesita desahogarse. La pasea de estancia en estancia. La señorita Noemi tendrá que casarse con el amigo Gouf para acompañar á Minnie, y Melania entrará al servicio del sultán. Y Orasia acompañará á madrina cuando le hayan preparado una instalación.

De pronto óyese un campanillazo. Son los niños Peborde; avanza en primer término Lulú, sigue Sofia con su muñeca; Max cierra la marcha. Minnie se precipitó á su encuentro.

—¿Sabéis la noticia? ¡Papá ha telegrafiado! ¡Dentro dos días marcharé á Constantinopla!

Al oír la noticia, emociones diversas se reflejan en los semblantes de los tres: Lulú nota la alegría de su amiga; el lapso de dos días representa para él un futuro indeterminado, y no le hieren las angustias de la separación. Así que toma un talante satisfecho y pregunta: «¿Me enviarás un camello?»

Sofía experimenta complejas impresiones. El hecho de que Minnie emprenda aquel viaje como una persona mayor le confiere una superioridad que ella envidia. Pero la idea de ir en compañía de un señor á quien conoce poco, hacia un país tan lejano y completamente desconocido, le causaría cierto temor; prefiere mil veces el colegio Vornage y la rutina ordinaria de los encapotados días parisienses.

En cuanto á Max, tórnase pálido y dice: »¿Te vas? ¿Con que es cosa resuelta?» Su acento es tan grave, nótese en su voz una vibración tan singular, que en medio de su exaltación Minnie se siente emocionada, helada. Responde en tono de excusa: «Sí, me voy; ¡ya sabías que esperábamos un telegrama!»

Cierto, Max lo sabía. ¡Cuántas veces pensó en ello, en aquel pedazo fatal de papel azul que debía llegar de tan lejos para causarle tanta pena! ¡Ah! como se reiría ella—no, ella no se reiría, porque tiene buen corazón—cuanto se sorprendería, cuan profundamente se sorprendería esa pequeña Minnie rubia y rosada que le está mirando, si supiese las veces que se despertó sobresaltado por la noche, palpitante, angustiado por este presentimiento: «Hoy Minnie me dirá: Ya estoy de marcha.» Qué de veces, en medio de sus alegrías, embargó á Max

este pensamiento glacial: «Nuestra alegría acabará en seguida, pues Minnie debe marcharse. ¡Acaso ya esté en camino el telegrama!» Porque Max pertenece á esta especie de hombres á quienes el presentimiento roedor del porvenir, la angustiosa obsesión del mal que se aproxima, envenena los goces fugitivos del presente. En la alegría de las tardes pasadas al lado de Minnie, un sentimiento se grabó en él, un sentimiento que acaso le proporcionara el mayor encanto, pero que le hacía sufrir con violencia; pensaba que su rubia amiguita no era más que un ave de paso, una mágica y luminosa aparición que, á no tardar, desaparecería para siempre.

A menudo, este sentimiento le obsesionó hasta la congoja. Mostrábase resentido de que Minnie se alegrase, sin preocuparse por las amenazas del futuro. La dijo acerbadas palabras que debieron molestarla, que le escapaban á pesar suyo... Hace un momento, al notificarle Minnie su marcha, no se sorprendió. Estaba preparado de antemano. No se sintió hondamente sacudido. Solo le pareció que algo se había desgarrado en él; sintió un frío inmenso y algo así como si el corazón se le vaciara. Minnie más impresionada por aquel dolor mudo que por calurosas protestas, le toma la mano y dice con gracioso mohín:

—Querido Max, ¿estás triste porque me voy? Mira, ¿sabes? yo también estoy muy triste por tener que dejarte.

Max la mira. Sí, es cierto, Minnie está todo lo triste que puede estar en semejante ocasión. Pensará un poquitín en su amigo Max y verterá una lágrima el día de la despedida. Pero cuando Minnie, suba al tren, antes de que éste se ponga en marcha, doblará la hoja. Minnie no es de aquellas á quienes atormentan el recuerdo del pasado y la ausencia de los seres queridos.

Bien lo comprende Max, hartó sabe que no puede desmentir su naturaleza, que no por ella ha de despertar en él resentimiento alguno, que él sabrá reconocerle las dulces y afectuosas palabras que la niña le ha dirigido. En toda alianza sentimental, ama uno y el otro es amado. Del amor, á Minnie no le quedará más—como no varíe mucho su carácter—que la dulzura, sana y alegre; jamás la pasión devoradora. En cambio, el destino de Max, débil muchacho de ojos soñadores, es sufrir acerbamente en lo íntimo de su corazón. Ya, al verlo pálido, mudo y concentrado, ¿quién dejaría de comprender que en este momento no es un dolor pueril el que le oprime, y que necesita acumular todo su orgullo para que no estalle su desesperación?... Mueve la cabeza y replica á Minnie con

cierta serenidad: «¡Harto sé, Minnie, que te entristece tener que dejarme! Pero pronto te consolarás. ¡En cambio yo... yo!...»

Se interrumpe. ¿Cómo expresar lo que será de él sin Minnie? Desde el día en que la conociera, iluminó su alma con destellos de alegría. Desde entonces ella es el centro al cual todo converge, la llama en torno á la cual van á mariposear todos sus pensamientos. Por la mañana Max despiértase alegre; verá á Minnie. Las horas transcurren menos tristes en el colegio: ella le esperará á la salida. El atardecer de todos los días es radiante: juega con ella. Y cuando Max se entrega al sueño, la imagen de Minnie anima sus sueños... Sin ella, todo es sombrío, glacial, azorante: los días, monótonos y pesados; la casa, lúgubre; papá, triste y distraído; la institutriz, áspera; Sofía, quejumbrosa y casquivana; Lulú, llorón; el colegio Vornage, insoportable; los condiscípulos, vulgares y odiosos; París, hostil, tumultuoso, violento, hirviente de clamores y de luchas, y al propio tiempo desierto, angustioso, egoísta; y la vida toda, la inmensa vida, está llena de asechanzas, de insidias y de dolores... ¡Oh, la desconocida, la azorante vida!... Ante tales perspectivas, Max se siente desfallecer y dice, sinceramente

sorprendido por su propia ocurrencia, hablándose á sí mismo más que á Minnie: «Oye, Minnie, si te vas, no voy á poder vivir». Y, sin saber por qué, piensa al instante en un suceso que leyó en un trozo de periódico. «Ayer encontróse en el Sena el cadáver de una niña; luego se comprobó que se había arrojado al río porque sus padres habíanla reprendido». Con mayor motivo podría uno arrojarse al Sena en circunstancias más graves. Bastaría deslizar un pie... Por un momento el agua zumbaría en los oídos... Luego uno se dormiría, se dormiría para siempre. Y terminaría la pesadilla de la vida, tan dura, tan cruel, tan dificultosa, y para la cual no habrá consuelo posible... Minnie se habrá marchado...

¿Cómo puede Minnie entrever algo de las visiones siniestras á que se abandona el alma desolada de su amiguito? No obstante, una angustia atroz la conmueve al advertir la nube de desesperación que encapota su semblante. Echándole los brazos al cuello, le dice en tono suplicante:

—Max, quisiera que me pidieses algo. Te lo daría enseguida para que vieras lo mucho que te quiero,

Pero Max mueve la cabeza. Minnie le dará palabras; muy sinceras, eso sí, y todas las que pueda apetecer, y aun

le hará algún presente, si le es posible. Pero esto á él no le importa. Esto no puede consolarle. Max no puede consolarse. Afortunadamente, pues ¿qué le quedaría sin el sufrimiento?

Minnie dice:

—Cuando volveré, seré mayorcita. ¿Entonces podremos casarnos, si tú quieres?

Max es un niño viejo. Estas palabras son una puerilidad. ¡Casamientos! eso no es cosa de mozuelos. No obstante le place que á Minnie se le haya ocurrido semejante idea. ¡Poseer á Minnie; poseerla para siempre!... ¡Qué dulce sueño! Y al propio tiempo ¡qué locural! Sin embargo, sonríe. Y Minnie, regocijada, coge al vuelo aquella sonrisa, la aviva, no la dejará escapar como una vana centella. No conviene vacilar. Y añade para probárselo:

—¿Quieres que nos casemos en seguida?

Max se encoge de hombros. Pero no puede contrariar á Minnie. Se ha empeñado en llevar á cabo la boda. Si Max rehusa, será porque no la quiere. Soffa y Lulú quedan investidos de las funciones de damisela y mancebo de honor. Bobby sera el padrino. Y Orasia abandonará por un momento sus trebejos, para actuar de sacerdote. Todas las muñecas formarán el cortejo. Melania